

La parábola del sembrador

Christian BRIEM

biblicom.org

Índice

1 - Resumen de las parábolas de Mateo 13	3
2 - El reino de los cielos	5
3 - Una obra nueva	9
4 - La semilla	11
5 - Sembrado al borde del camino	13
5.1 - Los estados del corazón	13
5.2 - Varias aplicaciones	15
5.3 - Ánimo y advertencia	17
6 - Sembrado en pedregales	18
6.1 - La recepción gozosa de la Palabra	18
6.2 - El arrepentimiento y la confesión del pecado	21
6.3 - Sin raíces	23
7 - Sembrado entre espinos	24
7.1 - Los espinos	25
7.2 - Las advertencias	26
7.3 - Resumen	27
8 - Sembrado en buena tierra	28
8.1 - La buena tierra	28
8.2 - Comprender la Palabra de Dios	29
8.3 - Las diferencias en la producción de fruto	30

En estas meditaciones sobre las parábolas de nuestro Señor, llegamos ahora al capítulo 13 del Evangelio según Mateo, un capítulo importante que contiene 8 parábolas. Antes de abordar la primera parábola, la del «sembrador», queremos, con la ayuda del Señor, dar una visión general de este capítulo. Dado que 6 de las 8 parábolas son directamente parábolas del reino de los cielos, convendría comenzar aclarando el significado de esta noción. Mateo ofrece un total de 10 parábolas sobre el reino de los cielos.

1 - Resumen de las parábolas de Mateo 13

El Señor a veces daba parábolas aisladas, pero muy a menudo las conectaba en grupos de 2 o más. En [Lucas 5](#) comienza hablando de «remendar un vestido viejo» y añade la parábola del «vino nuevo en odres viejos» (v. 36-39). En el capítulo 13 del mismo Evangelio, encontramos 2 parábolas del «reino de Dios» colocadas directamente una al lado de la otra ([Lucas 13:18-21](#)).

¿Y quién no conoce las 3 parábolas de [Lucas 15](#), vinculadas por el pensamiento común de algo perdido que se encuentra? Es obvio que, mediante estas agrupaciones, debemos esforzarnos por comparar las parábolas entre sí y reconocer paralelismos y contrastes.

En este sentido, el capítulo 13 de Mateo es único. Como ya hemos visto, contiene nada menos que 8 parábolas. Sé que generalmente se dice que contiene 7. Es extraño que la octava, la del padre de familia (13:52), se omita casi siempre. Sin embargo, es con esta pequeña octava parábola con la que el Señor termina su enseñanza en [Mateo 13](#), que adopta la forma de 7 parábolas.

Nombremos primero las 8 parábolas de este capítulo para tener una primera visión del conjunto:

- la parábola del sembrador
- la parábola de la cizaña en el campo
- la parábola del grano de mostaza
- la parábola de la levadura
- la parábola del tesoro en el campo
- la parábola de la perla preciosa

- la parábola de la «red
- la parábola del «dueño de la casa».

A la cabeza de todas las parábolas, pues, está la parábola del «sembrador». Tiene un valor especial porque el Señor da a entender que esta parábola es la clave para entender las demás. Dice de esta parábola: «¿No entendéis esta parábola? y ¿cómo entenderéis todas las parábolas?» ([Marcos 4:13](#)). No quería decir, por supuesto, que esta parábola fuera la más sencilla de todas, sino que no podrían comprender el cambio de dispensación que estaba a punto de producirse si no entendían esta parábola. El reino prometido a Israel se pospondría por un tiempo, pero mientras tanto comenzaría en otra forma. Digamos algo más sobre esto inmediatamente. Ciertamente, la parábola del «sembrador» no es directamente una parábola del reino de los cielos, pero establece las condiciones para las parábolas que siguen.

A la parábola del «sembrador» siguen 3 parábolas, las 2 primeras de las cuales comienzan con las palabras «Les propuso otra parábola»; en la tercera parábola, tenemos «Les propuso otra parábola». Las 3 son parábolas del «reino de los cielos», porque van introducidas por las palabras «el reino de los cielos es semejante...». El Señor dirigió estas 4 parábolas a la multitud, y este primer grupo termina con la observación «todas estas cosas, dijo Jesús a la multitud en parábolas» ([Mat. 13:34](#)).

Se produce entonces una cierta ruptura en este capítulo, y también un cambio de posición. Grandes multitudes se habían reunido ante el Señor Jesús, por lo que él subió a una barca y desde allí enseñó a la gente en la orilla (13:2). Luego dejó a las multitudes y entró con los discípulos «en la casa» (13:36). «Cuando estuvo solo, los que le estaban con los doce junto a él le preguntaron acerca de la parábola» ([Marcos 4:10](#)). El Señor les dio entonces la explicación de la segunda parábola (la de la «cizaña del campo»), seguida de otras 3 parábolas que introdujo con la frase «el reino de los cielos es semejante», «otra vez, el reino de los cielos es semejante». Al final, encontramos la parábola del «amo de casa», una pequeña pero significativa parábola que, en cierto sentido, resume las 7 parábolas precedentes; en cualquier caso, nos muestra cómo deben utilizarse. Este segundo grupo de parábolas termina en el versículo 53 con una observación muy parecida a la que cierra el primer grupo en el versículo 34: «Aconteció que cuando Jesús terminó estas parábolas, se marchó de allí» ([Mat. 13:53](#)).

Al primer grupo de parábolas se le ha dado la fórmula 1 + 3, y al segundo grupo la fórmula 3 + 1. Las parábolas centrales del reino de los cielos pueden dividirse como sigue: 1 + 2 y 2 + 1. De hecho, la primera parábola [de la «cizaña»] y la última [de

la «red»] son claramente similares.

Las 7 primeras parábolas nos muestran simbólicamente los rasgos morales del reino de los cielos en un orden sistemático y una secuencia histórica, contemplando:

- el origen,
- el desarrollo exterior,
- la decadencia,
- el cumplimiento.

El reino es visto como algo confiado a las manos del hombre y que, como resultado, puede tomar un curso desafortunado. Pero, al mismo tiempo, se revela el aspecto interior y oculto de este reino, que explica los motivos del Señor para actuar. En este sentido, este reino es invulnerable. Vemos, pues, en estas parábolas estas 3 cosas adicionales:

- lo que hace Cristo,
- lo que hace Satanás,
- lo que hace el hombre.

Si volvemos a poner ante nosotros la expresión «reino de los cielos», parecería oportuno primero comprender mejor este importante tema, antes de profundizar en las parábolas propiamente dichas. Muchas cosas dependen de una correcta comprensión de este pensamiento como para mencionarlo solo de pasada. Mucho de lo que se dice aquí se confirmará más adelante en las parábolas. Espero que esta pequeña digresión sobre el reino de los cielos ayude a muchos lectores a comprender las parábolas mismas y las diferentes dispensaciones.

2 - El reino de los cielos

¿Qué significa «reino de los cielos» y qué debe entenderse por esta expresión? Empecemos por ver lo que *no es*. El reino de los cielos no es el “reino en el cielo”, como suele entenderse. Esta denominación podría llevarnos a pensar que se trata de una imagen del cielo mismo. De hecho, ¡sería un cielo triste! No, el reino de los cielos

es un reino en la *tierra*. Tampoco es el «reino de los cielos» otro nombre para la Asamblea, o Iglesia, de Dios. En el reino de los cielos existe el principio de que el «trigo» y la «cizaña» deben *crecer* juntos hasta el momento de la siega ([Mat. 13:29-30](#)), mientras que a la Asamblea de Dios en la tierra se le exige *quitar* a los malvados de su seno y, por tanto, que ejerza la disciplina ([1 Cor. 5:13](#)).

El «reino de los cielos» es una expresión que solo utiliza Mateo. Escribía bajo la inspiración del Espíritu Santo, como judío que hablaba a judíos, y todo judío instruido en el Antiguo Testamento sabía que el profeta Daniel había hablado de que el «Dios del cielo» establecería en la tierra un reino que no sería destruido: el reino de los cielos ([Dan. 2 y 7](#)). Los judíos esperaban este reino, y el precursor del Señor como Mesías, Juan el Bautista, incluso anunció que el reino de los cielos se había acercado ([Mat. 3:2](#)).

Pero el pueblo judío en los días del Señor sabía poco acerca de este tema y tenía poca idea del estado interior del corazón requerido para entrar en ese reino. El mismo Nicodemo solo veía en este reino como poco más que una especie de paraíso terrenal que una vez más se ofrecería al hombre. Había perdido completamente de vista el hecho de que el *nuevo nacimiento* es la cualificación esencial para entrar en ese reino, incluso para un judío, y estaba lejos de ser el único en ese caso, aunque el profeta Ezequiel había hablado de ello ([36:26](#)). Por eso el Señor tuvo que decirle: «Tú eres un maestro de Israel y no entiendes esto» ([Juan 3:10](#)). Por eso era tan importante el llamado de Juan el Bautista al arrepentimiento. Era necesario un cambio total de corazón y de sentimientos para que la gente pudiera entrar en este reino.

Moisés ya había dicho que cuando los hijos de Israel obedecieran de corazón la Ley de Dios, sus días serían «como los días de los cielos sobre la tierra» ([Deut. 11:21](#)). Dios establecería “la descendencia de David” para siempre, y haría que su trono fuese «como los días de los cielos» ([Sal. 89:29](#)). El profeta Daniel había recibido comunicaciones sobre el reino que iban aún más lejos; había visto una escena celestial con alguien «como un hijo de hombre» llevado al «Anciano de días», y el reino y el dominio le fueron entregados. Iba a ser un reino eterno (véase [Dan. 7](#)). Juan el Bautista anunció entonces que este reino «se había acercado» ([Mat. 3:2](#)). El Rey estaba allí en la persona de Cristo, pero ¿iba a ser recibido por el pueblo judío? Sabemos lo que ocurrió: el Rey fue rechazado.

¿Estaba entonces todo perdido, irremediablemente perdido? Alabado sea Dios, y gracias sean dadas a Dios: ¡no! Por supuesto, el reino de los cielos ya no se anunciaba como próximo; ya no encontramos este anuncio a partir de [Mateo 13](#). Más bien, el

establecimiento del reino en poder y gloria se pospuso por un tiempo (*Hec. 3:21*). Pero mientras tanto, el Señor Jesús ascendió al cielo, y ahora ejerce su influencia en la tierra desde arriba, no de forma manifiesta, sino de forma oculta, moral. Este es el reino de los cielos tal como existe hoy. Es el reino de los cielos en *misterio* [o: secreto], en contraste con el reino en su forma exterior y visible y la gloria aún por venir. Así que hay 2 formas bajo las que aparece el reino de los cielos: el reino de los cielos en su forma actual, misteriosa (que no fue revelada en el Antiguo Testamento) y el reino de los cielos en su forma visible, poderosa y futura (idéntica entonces al reinado de 1.000 años).

¿Cuándo comenzó este reino en su forma oculta? El reino de los cielos comenzó cuando Cristo ascendió al cielo como aquel que fue rechazado en la tierra, y allí tomó su lugar a la diestra de Dios como el que fue glorificado. *Dondequiera que en la tierra se extienda la influencia del Señor que mora en los cielos, allí está el reino de los cielos*. Cuando comenzó el reino de los cielos, comenzó de buena manera, con verdaderos discípulos. Las parábolas de *Mateo 13* lo demuestran, al igual que los relatos del libro de los Hechos. Pero no se detuvo ahí; el enemigo sembró cizaña entre el trigo. Así que el reino de los cielos (con el permiso de Dios, y en lo que se refiere a su desarrollo exterior) se ha convertido en un *asunto mezclado*, en el que los auténticos y los no auténticos están uno al lado del otro, los verdaderos creyentes y los profesos puramente externos, que no tienen vida, –la distinción no siempre es fácil de hacer para nosotros.

Cuando dije que el reino de los cielos está dondequiera que se extienda la influencia del Señor que mora en los cielos, esta área también incluye a esa clase de cristianos que profesan estar por Cristo solo por una profesión externa, pero que no han experimentado un nuevo nacimiento. Que ha habido una influencia es innegable, pues profesan el cristianismo; pero esta influencia no ha llegado lo suficientemente lejos, y no ha podido alcanzar los corazones y las conciencias. Esa es la tragedia. Tales personas piensan que están a salvo y se reclaman del nombre de Cristo. Exteriormente están en el reino de los cielos, hacen parte de la cristiandad, y por lo tanto al alcance directo de todas las maravillosas bendiciones del verdadero cristianismo, –y, sin embargo, van a la perdición eterna a menos que se conviertan y se arrepientan. Que el Señor tenga misericordia de muchos de ellos y los traiga al conocimiento de la verdad.

No continuaré aquí con las diferencias entre el «reino de los cielos» y el «reino de Dios». Ambos significan en parte lo mismo, pero solo en parte. Algunas parábolas se refieren tanto al reino de los cielos como al reino de Dios. En general, sin embargo,

puede decirse que el «reino de Dios» es un concepto más elevado y amplio. Incluye el pensamiento del reino de los cielos, pero a menudo tiene un contenido moral (1 Cor. 4:20; Rom. 14:17). En cambio, la expresión «reino de los cielos» suele referirse a una dispensación, a una época concreta en el trato de Dios con la tierra. Además, esta época seguirá existiendo después del arrebato de la Asamblea, incluso en el tiempo de la tribulación. El «reino de los cielos» no es lo mismo que la «Asamblea de Dios». La persistencia del reino de los cielos después del arrebato es un pensamiento importante que a menudo se pasa por alto. Sin embargo, subyace en las parábolas del reino de los cielos de [Mateo 13](#).

Hasta ahora, nos hemos ocupado del reino de los cielos principalmente en términos de lo que es visible para las personas exteriormente. Desde este punto de vista, el reino de los cielos es hoy la cristiandad. Pero no en todos los pasajes el «reino de los cielos» designa este ámbito externo de la profesión cristiana. Por ejemplo, cuando el Señor Jesús dijo: «Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» ([Mat. 18:3](#)), o «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos» ([Mat. 19:14](#)); o de nuevo: «En verdad os digo que, entre los nacidos de mujer, no ha habido otro mayor que Juan el bautista; sin embargo, el más menor en el reino de los cielos, es mayor que él» ([Mat. 11:11](#)), sí pues, con la expresión «reino de los cielos» no se refiere claramente al desarrollo exterior que iba a tener el reino, sino a un reino interior, divino, que se describe en otro lugar como el «reino de Dios». Las 2 parábolas del «tesoro en el campo» y del «mercader» que busca perlas hermosas (13:44-46), nos muestran que el reino de los cielos también tiene este lado interior que el Señor solo revela a los que están «en la casa», es decir, a los suyos. Aquí aprendemos por qué el Señor soporta hoy tales “acontecimientos desafortunados” en su reino exterior, tal yuxtaposición de bien y mal: Su corazón está dirigido a los suyos; ve en ellos su «tesoro»; juntos forman la «perla de gran valor», su Asamblea. Por ellos lo dejó todo, incluso su vida. Esto solo puede conducirnos a la adoración.

En [Mateo 13](#) encontramos por primera vez la expresión «*misterios* del reino de los cielos». Esto expresa que el reino iba a tomar una forma desconocida en la profecía. En efecto, los profetas habían descrito al Mesías como rechazado, como aquel que iba a ser condenado a muerte; pero no habían dicho nada sobre una forma particular y excepcional que iba a adoptar su reino como consecuencia de su rechazo. El reino terrenal, objeto de la profecía, estaba por el momento aplazado, como ya hemos señalado. Durante este período intermedio se reúne a los herederos de la gloria celestial.

Sobre este punto, al pensamiento del reino de los cielos también se vincula al del *llamado celestial*, un llamado basado en la obra redentora de Cristo. Y es notable, en este contexto, que el reino de los cielos sea introducido por primera vez en la segunda parábola de Mateo 13. Allí, el campo ya ha sido *adquirido*, como indica la expresión «tu campo» del versículo 27. ¡Qué precisa es la Palabra de Dios! El reino de los cielos solo podía comenzar una vez que se hubiera realizado la obra de la cruz y el Hijo del hombre hubiera entrado en posesión del «campo» por medio de esa obra. Antes, sin embargo, era necesaria otra obra, una obra preparatoria, y esto es lo que nos muestra la parábola del «sembrador».

3 - Una obra nueva

En tiempos anteriores, el Señor había enviado a sus discípulos a las aldeas de Israel y les había ordenado que *no fueran* por el camino de los gentiles *ni* entraran en *ninguna* ciudad de samaritanos, sino que fueran «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mat. 10:5-6). Pero ahora sucedía algo muy distinto: «He aquí que un sembrador [1] salió a sembrar» (Mat. 13:3).

[1] Nota del traductor: La versión V.M. traduce: «un sembrador». El Nuevo Testamento Interlineal griego-inglés de A. Marshall da «el [un] sembrador». El Nuevo Testamento griego-inglés de Marshall da «the [one] sowing» y el griego-francés de Carrez da «le semant». A la vista de las explicaciones dadas por el autor, dejaremos «*el sembrador*» como indica el autor del artículo.

Nuestra parábola comienza con esta sorprendente afirmación. No hay duda sobre la identidad *del* sembrador, pues solo hay Uno para quien esta descripción es exacta. Sin embargo, el Señor no dice a sus discípulos *quién* es, ni aquí ni en sus explicaciones de la parábola a partir del versículo 18. Solo lo sabemos en la siguiente parábola. Solo lo sabremos en la siguiente parábola, en la que se ve a la misma persona ocupándose de la misma obra: el Hijo del Hombre.

«Un sembrador salió a sembrar». Es una frase absolutamente decisiva. Marca un punto de inflexión en el trato de Dios con los hombres. Dios *ya no busca* frutos de la «viña» de Israel (Is. 5:1ss.), ni frutos de la higuera que representa el remanente devuelto a su tierra (= plantado en su viña; Lucas 13:6) después de los 70 años de cautiverio (Lucas 13:6-9). No, el Señor, en su gracia, toma un nuevo carácter y se

convierte en el sembrador. Como tal, comienza una nueva obra que nunca había existido en esta forma. Y para hacer esto, él sale, es decir, él comienza esta nueva obra en una nueva esfera. Obviamente, esta nueva esfera ya no es Israel.

Si el Señor, en pocas palabras, ya no quería tener un reino en la tierra, era necesario que comenzara a trabajar de nuevo, desde un nuevo punto de vista y de acuerdo con un principio totalmente nuevo. Este nuevo principio es la gracia de Dios, desbordante e ilimitada. Y fue su gracia divina y su amor sin límites lo que movió al sembrador a esta nueva tarea. Después de que todos los esfuerzos realizados con respecto a los hombres de la tierra hubieran sido vanos, y de que el hombre se hubiera mostrado enteramente corrompido, ¿no podría simplemente haber ejercido sobre ellos el juicio merecido? No: eso habría sido justicia, pero no gracia. Es cierto que ya no se presentó al pueblo de Israel como el Mesías, pero comenzó una nueva obra y manifestó la infinita gracia de Dios, dirigiéndose indiferentemente a todos los hombres.

Esparcí su semilla allí donde cayera. Como allí no había nada que cosechar, se vio obligado, en su gracia, a introducir algo nuevo en la tierra, y lleva consigo lo que es apropiado para dar fruto. No examina el terreno para ver si es bueno o malo; simplemente echa la semilla en la tierra. En él ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación, accesible a todos los hombres» (Tito 2:11).

Así, en esta parábola, nos está presentada de forma general el carácter de la obra de Cristo, carácter que ahora sería característico de su servicio. Pero tengamos presente que este servicio del Señor no se limitó a los días en que estuvo en la tierra. Todo lo contrario. Aún hoy no ha cesado, y conserva esta característica durante todo el tiempo de gracia. Él sigue siendo el sembrador, y obra desde el cielo en la tierra, en el poder del Espíritu Santo y mediante sus siervos. Por eso, las enseñanzas de esta parábola son también de gran importancia para nosotros hoy, no solo como los que *reciben* o *acogen* la semilla, sino también como los que la *esparcen* bajo la mirada del Señor y en lugar de él. Podemos aprender de esta parábola lo que hay que tener en cuenta en relación con el hecho de *recibir* la semilla, y también podemos aprender lo que hay que tener en cuenta cuando el Señor quiere utilizarnos para llevar su semilla al campo de siembra.

4 - La semilla

¿Qué esparce el sembrador? ¿En qué consiste la «semilla»? La explicación del Señor a partir del versículo 18 aclara de qué se trata: «Oíd vosotros, pues, la parábola del sembrador. Cuando alguien oye la palabra del reino...» (Mat. 13:18-19).

En el Evangelio de Lucas, dice simplemente «la semilla es la **Palabra de Dios**» (Lucas 8:11), y en Marcos: «el sembrador siembra la **Palabra**» (Marcos 4:14). Así pues, esta es la «semilla» que esconde vida en sí misma: la Palabra de Dios. La expresión más especial «palabra del reino» (Mat. 13:19) subraya más bien los derechos del Señor a establecer la autoridad de Dios en este nuevo ámbito moral en la tierra, el reino de Dios. El establecimiento de este reino es pura gracia; pero la «palabra del reino» espera la sumisión del hombre a la autoridad de Dios bajo su gobierno en la tierra. Por eso, escuchar de esta Palabra hace *personalmente responsable* al individuo, pensamiento que subyace en toda la parábola y le da su seriedad.

Lo que el Señor Jesús difunde, pues, es la *Palabra de Dios*. Tanto en su servicio (Marcos 2:2), como en medio de las tentaciones (Mat. 4:1-10) o como resucitado de entre los muertos (Lucas 24:27), el Señor atribuye siempre la máxima importancia a la Palabra. Lo que la gente necesita oír en todo momento y en toda circunstancia es la Palabra de Dios. Sin embargo, la gente siempre ha buscado, y sigue buscando, introducir otra cosa. No, queridos amigos, lo que se siembra debe ser la Palabra, y solo la Palabra. El corazón del hombre desea algo nuevo, algo que excite los sentidos, algo espectacular. En esta línea de pensamiento, tenemos al hombre rico en el Hades con su petición a sus hermanos en la tierra: la sensacional resurrección de Lázaro los llevaría a la conversión. Pero qué sorprendente es la respuesta de Abraham: «Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen» (Lucas 16:27-31). También Pablo pudo atestiguar que no había dicho otra cosa que lo que los profetas y Moisés habían dicho que sucedería (Hec. 26:22).

¿Y nosotros hoy? ¿De quién le *hablamos* a la gente, ya sean incrédulos o del Señor? ¿Les decimos algo distinto de lo que está escrito? Piénselo: la semilla del nuevo nacimiento es la Palabra de Dios, y solo esa Palabra (Sant. 1:18; 1 Pe. 1:23). Usemos esta «semilla» y proclamemos «todas las palabras de esta vida» (Hec. 5:20) y no confiemos en la sabiduría y la elocuencia humanas ni en otros accesorios humanos. Al predicar el Evangelio, Pablo nunca perdió de vista el propósito y el camino de Dios, y nunca hizo vana la cruz de Cristo (1 Cor. 1:17) por añadiduras humanas. ¿Y qué le dijo a su querido hijo Timoteo al final de su vida, teniendo los «últimos días» y los «tiempos difíciles» (2 Tim. 3:1) ante sus ojos? ¿Le dijo que pensara en nuevos

métodos más eficaces de evangelización, dado que la gente ahora tenía comezón de oír y se volvía a las fábulas? 1.000 veces no. Lo conjura «delante de de Dios y de Cristo Jesús que juzgará a vivos y muertos... *predica su palabra*» (2 Tim. 4:1-2).

Por eso, queridos amigos, tanto en lo que se refiere al contenido como al arte y al modo de predicar, ¡volvamos al principio! Tengamos ante los ojos, por encima de todo, el ejemplo que nos dio el Señor: Él sembró la buena semilla de la Palabra de Dios. No pongamos nuestra confianza en los métodos humanos modernos de presentar la Palabra, sino en el poder de la Palabra misma. Esta Palabra se dirige ante todo a la *conciencia* de las personas.

Solo una conciencia arada por la reja del arado de la Palabra de Dios está preparada y es capaz de recibir la semilla del nuevo nacimiento. Pronto volveremos a encontrar esto en nuestra parábola. Las “alternativas” humanas, por el contrario, apelan sobre todo a los sentidos, a los sentimientos, al intelecto, más que a la conciencia, y esto conduce absolutamente en la dirección equivocada.

Pablo evitó cuidadosamente todo lo que pudiera distraer a sus oyentes del verdadero objeto de su predicación, a saber, «Jesucristo», y a este «crucificado». La «excelencia de palabra» y la «sabiduría» humana, como otras cosas, se dirigen a la carne del hombre. Por eso se empeñó en hablar con sencillez: «Mi palabra y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no se basara en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios» (1 Cor. 2:1-5). Sí, solo el poder de Dios es capaz de suscitar fe y vida en el corazón.

Pero el Espíritu de Dios se sirve siempre de la Palabra de Dios como medio. Confíemos en ella y en el poder del Espíritu Santo. Aún hoy, nadie nace de nuevo si no es «de agua y del Espíritu» (Juan 3:5). Que el «agua» es una imagen de la Palabra de Dios en su poder purificador bajo la influencia del Espíritu de Dios es una noción común para la mayoría de nosotros. Ciertamente, necesitamos ser “inventivos” sobre cómo atraer a la gente y llegar a los corazones. El amor hace inventivo. Pablo nos da un buen ejemplo de ello ante el Areópago de Atenas (Hec. 17:22ss). Pero lo que tenemos que decir a la gente son las palabras [u: oráculos] de Dios (1 Pe. 4:11).

Guardemos firmemente en nuestro corazón que *la semilla* es la Palabra de Dios. Es sorprendente en cada caso de nuestra parábola, cómo lo que está presentado es *la actitud hacia la Palabra*, tanto en el momento en que la escuchamos, como después. El que fue sembrado junto al camino no entiende la *Palabra*. El que fue sembrado en un pedregal recibe la *Palabra* con alegría; pero cuando llega la tribulación a causa

de la *Palabra*, se escandaliza. En el tercer caso, los espinos ahogan la *Palabra*. En el cuarto caso, la *Palabra* es escuchada y comprendida. En todos los casos en que hay rechazo o falta, vemos una *mala disposición hacia la Palabra de Dios*. ¿No debemos aprender de esto para nosotros mismos? Nuestra disposición hacia la santa Palabra de Dios es más importante que cualquier otra cosa. Ella da a todo en nuestra vida la dirección decisiva, ya sea para el bien o para el mal, para la vida o para la muerte.

5 - Sembrado al borde del camino

La parábola del «sembrador» nos presenta, como hemos visto, la predicación de Cristo de la Palabra de Dios. Israel, como nación, fue y sigue siendo sordo a esta predicación: es un juicio de Dios. Pero esta predicación de la Palabra tiene un carácter totalmente distinto de la proclamación del reino en los capítulos precedentes del Evangelio según Mateo. En esos capítulos se predicaba el reino a una nación que, aunque rebelde, seguía siendo reconocida por Dios en cierto sentido, y por eso era llamada al arrepentimiento. Solo así podrían participar de las bendiciones y de la gloria del reino venidero. Pero ahora el sembrador estaba sembrando la Palabra en el campo de este mundo, y eso significaba que ahora Dios ofrece su gracia a todo hombre, sin tener en cuenta las diferencias de raza, carácter o estado.

5.1 - Los estados del corazón

De acuerdo con esto, el Señor presenta ahora en nuestra parábola 4 «terrenos» o estados sobre los que llega la semilla en el momento de la siembra. Es cierto que el Señor, por medio de cada uno de estos «terrenos», no indica el estado natural de las personas, pues de lo contrario eso significaría que hay personas buenas por naturaleza –personas que serían buenas *antes* de oír la Palabra–, lo cual contradice totalmente la enseñanza de la Sagrada Escritura. Cómo es que la tierra es buena en el cuarto caso no está considerado aquí, en absoluto. Es simplemente el hecho de que la semilla se dispersa, y que alcanza diferentes estados que, o bien le impiden dar fruto, o bien le hacen dar fruto.

También parece que «el sembrador» no se preocupa especialmente de que no caiga ninguna semilla en el camino junto al campo. Al contrario, lo espera: «Mirad, un sembrador salió a sembrar. Al sembrar, unas semillas cayeron junto al camino; y vinieron las aves y se las comieron» (Mat. 13:4).

Que los 4 terrenos representan 4 *estados de corazón* diferentes que la Palabra de Dios encuentra en las personas, queda claro por la expresión del versículo 19: «lo que fue sembrado en su corazón». Este es un punto crucial: la Palabra de Dios se siembra en el corazón de las personas, no en su mente. Dios actúa a través de esta Palabra sobre su corazón y su conciencia, y el estado del corazón es decisivo para lo que sucede con la «semilla». Por eso, cada oyente de la Palabra es individualmente responsable. Cada semilla lleva en sí la fuerza de la vida, dondequiera que caiga; y lo que suceda a la semilla individual depende de la responsabilidad personal del individuo.

En el primer caso, la Palabra de Dios llega por una especie de «camino». El hombre escucha la Palabra, pero su corazón es como un camino trillado. Este es el caso más desesperado. Muchas cosas y muchas personas han pasado ya por este «camino» y han endurecido el suelo. De hecho, innumerables cosas del mundo ocupan el corazón de la gente sin interrupción, hoy más que nunca. La avalancha de información y la multiplicidad de los medios de comunicación exponen al hombre a tantas influencias, ¡y tantas actividades de ocio y pasatiempos captan su interés! Y todo esto repercute en su ser interior, lo admita o no. El hombre es completamente insensible al mensaje de Dios; no lo «entiende». Los prejuicios religiosos también tienen el mismo resultado, como se ve claramente en el caso de los judíos: el hombre no entiende la Palabra.

«Cuando alguien oye la palabra del reino, y no la entiende, viene el Maligno, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón; este es aquel que fue sembrado junto al camino» (Mat. 13:19).

Cuando el Señor habla de comprensión, no se trata de examinar o captar de un modo puramente intelectual, sino que es una comprensión del corazón, una voluntad de entender. Por eso Lucas 8 muestra la necesidad de un «corazón recto y bueno» para que la Palabra encuentre su camino (8:15). Porque la salvación se cree de corazón (Rom. 10:10). Y el apóstol Pablo encomienda a Dios toda conciencia humana mediante la manifestación de la verdad (2 Cor. 4:2).

«Sembrado en su corazón»: ¡qué sorprendente es la fórmula del Señor! En la Sagrada Escritura, el «corazón» no es solo la sede de los afectos. Muy a menudo este término designa al hombre mismo, al hombre responsable y a su centro de voluntad. Hay aquí una interesante construcción paralela de las palabras en griego, que subraya la responsabilidad personal con la que el hombre toma decisiones, en contraste con las bestias. En el versículo 19, en el texto original, por “lo que fue sembrado en su

corazón» se dice simplemente “el que fue sembrado en su corazón», y eso es lo que el diablo se lleva. Al final del versículo, dice algo muy parecido: lo «sembrado junto al camino». En otras palabras, «lo que se siembra en el corazón» y «lo que se siembra en el camino» se ponen al mismo nivel. La semilla en el corazón no es responsable en sí misma, pero sí lo es el hombre que no la desea. Esta equiparación de símbolo y cosa se encuentra a menudo en la Escritura, por ejemplo, en las conocidas palabras del Señor: «Esto es mi cuerpo» (Lucas 22:19; 1 Cor. 11:24). El pan que «toma» no es sino una imagen de su cuerpo, y sin embargo el Señor no dice: “esto es un símbolo de mi cuerpo”, sino simplemente: «Esto es mi cuerpo».

5.2 - Varias aplicaciones

La imagen de un corazón pisoteado y no preparado para recibir la semilla sembrada puede aplicarse de varias maneras. En primer lugar, desde un punto de vista histórico y profético, vemos en ella una imagen de *Israel* como nación. No solo en la época de la vida del Señor los judíos no recibieron la Palabra del reino, sino que la parábola nos muestra también que, más tarde, tampoco quisieron recibirla.

La aplicación a los *pecadores* que escuchan el Evangelio también tiene sentido. Cuántas veces hemos visto a personas que vienen de vez en cuando, o incluso con regularidad, a escuchar el Evangelio, y luego se van completamente impasibles y despreocupadas. Las muchas influencias que ya hemos mencionado han encadenado sus corazones y endurecido sus conciencias hasta tal punto que la semilla de la Palabra permaneció en la superficie. Escuchaban de buen grado la Palabra, pero enseguida la olvidaban, una y otra vez. El diablo entonces tiene la fácil tarea de quitar la semilla por completo. Pronto volveremos sobre este tema.

Pero esta imagen también se puede aplicar a nosotros los *creyentes*. La mayoría de las veces no lo hacemos, y solo pensamos en los no creyentes, pero eso es un error. Con su parábola del «sembrador», el Señor Jesús también tiene algo que *decirnos*, especialmente con «el que está sembrado junto al camino». Aunque todo hijo de Dios tenga fundamentalmente un buen terreno de corazón y dé fruto para Dios, puede haber, sin embargo, compartimentos en nuestra vida en los que la imagen de «el que está sembrado junto al camino» nos concierne directamente. Por ejemplo, desde un punto de vista religioso o eclesiástico, podemos tener ideas preconcebidas e infundadas. Si nos llega una palabra clara de la boca del Señor, no estamos preparados para recibirla. En este punto, o en otros más complejos, nuestro corazón es duro, y no entendemos ni lo que el Señor nos dice, ni sobre todo que tiene algo que

decirnos. Esto puede tener consecuencias muy dañinas en nuestro camino personal y en común como hijos de Dios.

¿No corremos también todos el peligro de dejar que el mundo entre en nuestros corazones, con todos sus principios y tendencias, hasta el punto de hacerlos cada vez menos receptivos a la Palabra de Dios? ¡Cuántas veces nos ha hablado ya el Señor con su bondad, y qué poco lo hemos escuchado y realizado! Es con vergüenza que debemos decir: muchas veces, sobre tal o cual punto, simplemente no *queríamos* aceptar. No queríamos oír hablar más de conformarnos al mundo, de separación y de llevar nuestra cruz. Nos enfadaba que nos siguieran enseñando sobre el cabello de las hermanas, sobre la piedad y sobre el orden en la asamblea. Así que la buena Palabra se quedó en la superficie, y el diablo vino y se llevó de nuestros corazones lo que no nos gustaba.

Se dice del «maligno» que viene y «quita» lo que se siembra en el corazón, es decir, lo «roba». No pudo evitar que la semilla fuese sembrada en el corazón, pero cuando la Palabra no es bienvenida en el corazón, es fácil para el enemigo robarlo todo. A menudo él sabe mucho mejor que nosotros qué bendición hay en lo que rechazamos tan ligera y voluntariamente. Es un principio que también se aplica a nosotros los cristianos, que la verdad de Dios es recibida o rechazada por el alma. Este principio nos pone a prueba para ver hasta qué punto somos realmente, en nuestra vida práctica, «de la verdad» (Juan 18:37; 1 Juan 4:6). La decadencia moral en medio de nosotros, el abandono de verdades hasta ahora muy valoradas y la aceptación de opiniones erróneas no son el resultado de la mera ignorancia, sino de un rechazo de la verdad, aunque solo sea en ámbitos parciales. Pensemos en lo que dijo el Señor Jesús: «Si alguno me ama, guardará mi palabra» (Juan 14:23). Si hoy pensamos lo contrario, estamos pensando mal.

En resumen, podemos decir que en «el que fue sembrado junto al camino» tenemos al oyente de la Palabra de corazón duro. Es más, la Palabra de Dios nos enseña que hay 3 enemigos que obran contra la recepción eficaz de la Palabra: el diablo, la carne y el mundo. Cualquier fracaso en la producción de frutos puede ser atribuido a uno u otro de estos enemigos o principios. Aquí tenemos al primer enemigo, el diablo y sus demonios, presentado por medio de las «aves». Viene de fuera y se aprovecha del estado interior. Roba la Palabra.

5.3 - Ánimo y advertencia

Hay algo más que aclara esta parábola: aunque el gran Maestro haga él mismo la siembra, y utilice exclusivamente buena semilla para ello, el trabajo no tiene éxito en todos los ámbitos. En los 3 primeros casos, la semilla no produce fruto, e incluso cuando cae en buena tierra, el resultado varía. ¿No inspira esto valor a todos los que se esfuerzan, bajo la atenta mirada del Señor, por esparcir su buena semilla en el mundo? No debemos desanimarnos cuando vemos poco o ningún fruto. No otra cosa le ha sucedido a nuestro querido Señor. Y, sin embargo, se dice de él: «Mirad, un sembrador salió a sembrar». Sigamos sembrando la buena semilla de la Palabra de Dios en la tierra, confiando en Dios. Veremos en la eternidad que habrá producido fruto.

Esparcimos nuestro trabajo

Como la semilla en el campo;

Confiamos en Ti

Para que florezca en bendición.

Nuestra parábola corrige totalmente una idea con la que nos encontramos a menudo, a saber, que en la época de la gracia habría una *aceptación universal* de la Palabra de Dios: no será así. La gente puede soñar con ver al mundo entero convertido, pero el Señor muestra clara e inequívocamente, aquí y en otros lugares, que la mayoría de los oyentes de la Palabra no dan fruto para Dios. En la parábola de «la puerta estrecha... y la puerta ancha», establece que pocos encuentran el camino estrecho que lleva a la vida, mientras que muchos encuentran el camino ancho que lleva a la perdición (Mat. 7:13-14).

Las parábolas posteriores del capítulo 13 también nos muestran un desarrollo de la decadencia del reino de los cielos en su forma visible. No es pesimismo ni falta de fe no creer en un auge de la esfera cristiana. La Palabra de Dios dice otra cosa, y los últimos libros del Nuevo Testamento no dejan lugar a dudas de que todo en la cristiandad tiende hacia la «apostasía» final, el abandono de todo lo que es verdaderamente «cristiano». La recepción del anticristo será el triste clímax de este desarrollo.

Por aterrador que pueda ser el resultado de este desarrollo –para el individuo, para el oyente de corazón duro, en realidad comienza por no permitir que la Palabra de Dios deje una influencia en su corazón. Se encuentra tan enteramente bajo el poder de Satanás, que este puede fácilmente robar lo que no es bienvenido en el corazón.

Es, de hecho, el caso más desesperado que podamos imaginar.

6 - Sembrado en pedregales

El segundo caso descrito por el Señor parece permitir más esperanza: «*Otras cayeron en pedregales, donde no tenían mucha tierra; y pronto brotaron por no tener profundidad de tierra*» (Mat. 13:5).

Aquí, la semilla siempre brota, mientras que en el caso anterior nunca brotaba. Pero la razón de este rápido brotar («por no tener profundidad de tierra») apunta a una grave deficiencia en esta clase de oyentes de la Palabra: no habían sido penetrados profundamente. La fina capa de polvo o tierra y la cálida piedra caliza subyacente pueden ayudar a un rápido surgimiento, pero la propia piedra impide cualquier acceso al agua necesaria para la vida. Y aunque el «camino» ya era duro, lo que hay bajo la prometidora superficie es aquí aún más duro. La semilla que se ha sembrado no tiene ninguna posibilidad de echar raíces y penetrar más profundamente.

6.1 - La recepción gozosa de la Palabra

El Señor explica el rápido crecimiento de la semilla de la siguiente manera: «*El que fue sembrado en pedregales es aquel que oye la palabra y la recibe con gozo*» (Mat. 13:20).

La *recepción gozosa* de la Palabra de Dios, ¿no es algo bueno, digno de esfuerzo? En el fondo, ¿puede haber algo más adecuado para los hombres? Muchos lo han pensado y han actuado en consecuencia. Pero ¡esto es un error fatal! Ignoran por completo la seriedad inherente al mensaje de Dios, y también ignoran su propio estado corrupto.

Si en el ejemplo anterior hemos encontrado a *Satanás* como el verdadero adversario, aquí nos encontramos con la *carne* en su resistencia a la Palabra –y la carne en su forma más atractiva. Había algunos que estaban dispuestos a entregarse gustosamente al Señor. Pero nunca conocieron el quebrantamiento de corazón del que habla la Palabra de Dios. «Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Sal. 51:17). Cuando el espíritu de gracia y de súplica será derramado un día sobre los habitantes de Jerusalén, entonces se *lamentarán*, cada familia por sí misma (Zac. 12:10, 12).

Así sucede siempre donde y cuando actúa el Espíritu de Dios: la reja del arado de la Palabra de Dios ara el corazón de las personas y las hace conscientes de sus pecados. Pero lo que viene antes es cualquier cosa menos gozo. Reconocerse por la fe como pecador perdido no es fuente de gozo, sino de temor interior y angustia. Por supuesto, cuando se resuelve la cuestión del pecado, Dios concede el gozo de la salvación. Pero el «arrepentimiento para salvación» (2 Cor. 7:10) precede al gozo, los «lamentos» *antes* de la restauración.

Sin embargo, donde la Palabra se recibe con ligereza, «con gozo», es prueba de que nunca ha habido un trabajo profundo. La reja del arado de Dios nunca ha arado profundamente el corazón y la conciencia, y la naturaleza corrupta del hombre nunca ha sido reconocida por él. De hecho, el corazón natural del hombre es un corazón de *piedra*, si consideramos el comportamiento del hombre hacia Dios (comp. Ez. 36:26). El juicio propio es ajeno a la naturaleza humana. Pero este corazón de piedra puede mostrarse muy religioso y, al mismo tiempo, cubrirse con una fina capa de tierra cultivable. ¿No es característico de la cristiandad de los últimos tiempos tener una cierta «apariencia de piedad», habiendo negado su poder (2 Tim. 3:5)? ¡Cuántas personas en nuestros países cristianizados profesan el cristianismo solo porque sus padres lo hicieron, o porque es la costumbre del país! Así que «creen», reciben la Palabra en un sentido limitado, pero no la poseen realmente, y –como muestra lo que sigue– no la guardan.

El hombre, especialmente el orientado por un ideal, es muy capaz de dejarse influir por ciertos pensamientos sobre Dios. Puede, por ejemplo, encontrar grandioso el plan de salvación de Dios, y exteriormente hacer rápidos progresos en la comprensión de ciertas verdades. Puede mostrar un gran interés por la profecía, y clasificar los principios del Sermón del monte en un nivel ético muy alto. Pero hay un gran peligro del que el Señor quiere advertir a los que escuchan la Palabra: es que, con todo esto, la conciencia no esté alcanzada, que la roca intacta permanezca inalterada por debajo. La semilla de la Palabra de Dios está ciertamente presente, pero no se le permite echar raíces en su interior. La Palabra solo se recibe superficialmente con cierto entusiasmo, pero la conciencia no se activa.

Los propios proclamadores de la Palabra contribuyen en parte a esta tendencia. ¿No están muchos de ellos tratando a toda costa que el Evangelio sepa mejor? Échele un vistazo: ¿Seguimos apuntando al reconocimiento de los pecados y a la confesión de los pecados? ¿Seguimos hablando del pecado? ¿Estamos hablando solo de entregarnos con alegría al Señor? Hablar en favor de una aceptación puramente sentimental del Evangelio no es otra cosa que «fuego extraño» (Lev. 10:1). Además, la palabra

«Evangelio» no significa, como se oye con demasiada frecuencia, un «mensaje *feliz*». No, significa un «*buen* mensaje». No es un mensaje *feliz* decirle a la gente que debe convertirse si no quiere perderse para la eternidad. Pero hay algo *bueno* en el mensaje en sí, si conduce a la conversión de las personas. ¿Y no es realmente un *buen* mensaje que el Padre haya enviado al Hijo como Salvador del mundo?

Pero el gozo no puede ser el *primer* ni el *único* sentimiento del pecador cuando escucha la Palabra de Dios. El Señor muestra claramente que la ausencia de raíz se debe precisamente a que, en este segundo caso, *solo* se encontraba gozo. ¿Es, por ejemplo, un signo de amor al Señor cuando no tenemos ningún sentimiento del terrible juicio que debió caer sobre nuestro Señor a causa de nuestros pecados? ¿O es un indicio de la operación de la gracia de Dios cuando tenemos tanto gozo por habernos salvado personalmente que no creemos necesario volver a pensar en el pecado? El Señor Jesús desenmascara el verdadero carácter de tal «gozo». No es más que egoísmo innato y evidencia de un corazón duro frente a Dios. Personas muy religiosas, cristianos, pueden ser tan duras de corazón que nunca han experimentado lo que sus pecados le han costado al Señor Jesús. Pueden conmoverse profundamente cuando escuchan las Pasiones (una ambientación musical del relato de los sufrimientos) en el momento de los pasajes sobre el trato injusto y los sufrimientos de Jesús; pero el pensamiento de que el Señor Jesús fue a la cruz a causa de *sus* pecados ni siquiera se les ha ocurrido nunca. Cuando se despiertan sentimientos cálidos, pero se pasa por alto el pecado, nos encontramos ante el caso aquí descrito. A partir de entonces, lo que parece un gran éxito no es más que muerte. «Conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto» (Apoc. 3:1).

Pero, ¿no nos hemos avergonzado también nosotros mismos, como hijos de Dios, muchas veces de tener tan poco sentido del pecado y de lo que nuestros pecados han causado a nuestro Salvador? ¿No nos ocupamos con demasiada frecuencia de «gozos» que no son «en el Señor» (Fil. 4:4)? Muchos de los gozos que nos llenan no son, en el fondo, más que egoísmo y orgullo. El gozo es un elemento esencial del verdadero cristianismo, pero debe ser el gozo del Espíritu Santo (1 Tes. 1:6). Para los tesalonicenses, iba de par con la «gran tribulación». El Espíritu Santo nunca llevará a una idea superficial y plana del pecado, como ya hemos recordado apoyándonos en Zacarías 12:10.

6.2 - El arrepentimiento y la confesión del pecado

La esencia de la verdadera **confesión** es el juicio propio. El mismo Job, a pesar de ser un santo, tuvo que ser llevado hasta el punto de aborrecerse a sí mismo. Solo cuando *vio* a Dios, y no antes, reconoció: «Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6). En el sentido neotestamentario, podemos decir que donde hay fe en el Señor Jesucristo, habrá también arrepentimiento hacia Dios (Hec. 20:21).

El «arrepentimiento» no es solo un cambio de sentimientos, como a menudo se ha definido. Sin duda, cuando hay un arrepentimiento producido por el Espíritu Santo, hay también un cambio de manera de pensar. Sin embargo, sería imposible imaginar un verdadero cambio de sentimientos sin inclinarse ante el juicio de Dios. Cuando un hombre se inclina ante el juicio que Dios tiene sobre él, se produce también un cambio en su forma de pensar. Lo que deducimos sobre una palabra griega a partir de su raíz no es en sí mismo decisivo para el significado de una palabra, sino que también debemos tener en cuenta el contexto y el uso que el Espíritu Santo hace de la palabra [2].

[2] La etimología de la palabra griega «metanoia» es algo así como «el sentimiento posterior» = cambio de sentimiento.

La mujer siro-fenicia de Marcos 7 es un ejemplo de alguien que se arrepintió en el momento de la vida del Señor. Solo cuando confesó que era el equivalente de un «perrito» impuro y despreciado que ella recibió la bendición del Señor. Que el gozo resulta del arrepentimiento, lo demuestra claramente el ejemplo del hijo pródigo. Confesó que era indigno de ser llamado «hijo» porque había pecado contra el cielo y ante su padre. Fue entonces cuando habló varias veces de gozo: «Convenía alegrarse y regocijarse» (Lucas 15:32).

Muchos de los que escuchaban las palabras de nuestro Señor correspondían demasiado a los sembrados en pedregales. Querían gozarse en presencia del Señor, sin arrepentirse. Algunos querían hacerlo rey, otros lo buscaban, no por sus palabras, sino porque habían comido pan y estaban satisfechos. Y muchos lo han rodeado con gritos de «Hosanna» cuando entró en Jerusalén (Mat. 21:9). Entonces sí que hubo gozo. Pero, ¿de qué valía mientras que sus corazones no estaban conmovidos? Poco después, toda la muchedumbre gritó: «Quita a este, y deja en libertad a Barrabás» (Lucas 23:18).

Creo que el grupo de los que hacen una *confesión de pecado* mecánica y superficial pertenece a los que están sembrados en pedregales. Nada endurece tanto el corazón como la costumbre de confesar los pecados sin sentirlos. Cuando una oración como: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mat. 6:12), solo sale de los labios sin aflicción interior, entonces la conciencia endurecida solo llega a ser más dura. ¿Realmente creemos que Dios escucha tales “oraciones”? La confesión «he pecado» es fácil de expresar, y si se expresa con precipitación, hay muchas razones para dudar de su autenticidad.

En el Antiguo Testamento, como en el Nuevo, hay muchas personas que admitieron: «He pecado»:

- Faraón (Éx. 10:16),
- Balaam (Núm. 22:34),
- Acán (Josué 7:20),
- Saúl (1 Sam. 15:24, 30)
- David (2 Sam. 12:13; 24:10, 17; 1 Crón. 21:8; Sal. 51:4),
- Simei (2 Sam. 19:20),
- Judas Iscariote (Mat. 27:4),
- El hijo pródigo (Lucas 15:18, 21).

¿No es muy llamativo, e incluso aterrador que, de estas 8 personas, solo 2 eran creyentes (o representaban a creyentes) y que 6 fueron a la perdición, por lo que sabemos? No, una confesión hecha rápidamente es a menudo solo la marca de una conciencia endurecida. Cuántas veces los israelitas, en el curso de su historia, gritaron «hemos pecado» – ¡muy a menudo solo para salir de una angustia de la que ellos mismos eran la causa! En una ocasión – cuando estaban al comienzo de su peregrinación por el desierto, pero ya en la frontera de la tierra prometida, y a causa de su incredulidad en el asunto de los espías, Jehová les ordenó que dieran media vuelta y se pusieran en camino hacia el desierto– entonces respondieron «hemos pecado contra Jehová», e hicieron lo contrario de lo que Jehová les había ordenado. Entonces, tras sufrir una severa derrota a manos de los amorreos, regresaron y lloraron ante Jehová. Sin embargo, Moisés tuvo que recordarles más tarde que Jehová no había escuchado su voz ni les había prestado oídos (Deut. 1:45). Habían pensado que podían zanjar el asunto con Dios con un rápido «hemos pecado».

Nosotros, los hijos de Dios, también podemos aprender de esto. ¡Cuántas veces nos apresuramos a preparar ciertas fórmulas para confesar nuestros pecados ante Dios, y cuántas veces, como consecuencia de ello, nuestros corazones se quedan insensibles! ¿No tenemos todos más o menos que confesarlo? ¡Que el Señor nos dé la profundidad necesaria a la hora de confesar nuestras faltas! Mirar con fe a nuestro Salvador sufriente en la cruz nos ayudará a ello.

6.3 - Sin raíces

«Pero al salir el sol, se quemaron y como no tenían raíz, se secaron» (Mat. 13:6).

Así continúa el Señor Jesús la parábola. Lo que había llevado a un rápido crecimiento llevó al mismo tiempo a un rápido fin y a un marchitamiento: fue la falta de tierra y la ausencia de raíces. Esta vida aparente duraba poco, porque faltaba la relación con la verdadera fuente de la vida.

«Pero no tiene raíz y dura poco; cuando llega la tribulación o la persecución por causa de la Palabra, al momento se escandaliza» (Mat. 13:21).

El sol pone de manifiesto la verdadera situación (en muchos pasajes de la Escritura, aquí y en otros lugares, el sol es figura de tribulación y persecución). Mientras las circunstancias externas sean favorables en el ámbito cristiano, no podremos ver la falta de raíces o la ausencia de la vida de Dios. Pero el ámbito del cristianismo profeso es vasto, y hay muchas personas que afirman creer en la Palabra de Dios. En cierto sentido, los aludidos en este versículo también lo hacen, pero a menudo no va más allá de la inteligencia que acepta como verdadera una fe puramente humana y sentimental (comp. Juan 2:23-25; Hec. 8:13 ss.). Pero si miramos más de cerca y quitamos la fina capa de polvo, nos encontramos con el fondo de roca: nunca se han inclinado ante la autoridad del Señor, ni están dispuestos a hacerlo ahora. ¿Alguno de mis lectores entraría quizá en esta categoría? Oh, piensen en lo que dijo el Señor: no tienen raíz en ellos, y son solo por un tiempo. Al final todo se marchita.

De hecho, tales personas, cuando llegó la persecución por su testimonio cristiano, renunciaron a su todavía débil profesión, o incluso se convirtieron en enemigos de los verdaderos cristianos. El Señor Jesús dice que «al momento se escandalizan». La Palabra fue recibida inmediatamente con gozo, e inmediatamente se escandalizan. Tal persona no tiene fuerza para resistir cuando vienen pruebas de cualquier tipo. ¿Y por qué no? Porque no hay ninguna raíz que los conecte con la fuente oculta de ayuda de la gracia de Dios. Lucas dice: «porque no tenía humedad» (Lucas 8:6).

Por eso a este grupo de oyentes, a pesar de lo pedregoso de su corazón, se les ha llamado los *pusilánimes*. Cuando cambian las circunstancias favorables, la falta de toda raíz, de toda verdadera relación con Cristo, la falta de la verdadera fuente de la vida, –todo esto hace que estas personas se llenen de temor, y rápidamente se queden sin energía, y se marchiten a la vista de su profesión de cristianismo. Todo su entusiasmo cristiano, toda su pasión por la mejora cristiana del mundo –todo esto desaparece rápidamente bajo el sol de la tribulación.

«Por algún tiempo creen» y luego «se apartan» (Lucas 8:13; o: apostatan) tiene de hecho consecuencias eternas. Porque si la gracia de Dios no interviniera para liberar a los profesos sin vida de su lamentable estado, encontrarían su juicio en el lago de fuego ardiendo con fuego y azufre.

Por eso, a todo lector de estas líneas le surge la pregunta: ¿He estado alguna vez ante el rostro de Dios con mis pecados? Tarde o temprano, esta cuestión de los pecados debe ser resuelta ante Dios. Nunca tendré una paz firme y duradera mientras no me doblegue ante el juicio de Dios sobre mí y me haya refugiado en la *obra redentora de Cristo*. Si alguien no hace esto en la tierra, el asunto será puesto ante él en el tribunal de Cristo (2 Cor. 5:10). Pero eso significará la perdición eterna.

7 - Sembrado entre espinos

En el tercer caso que el Señor nos presenta, no nos resulta difícil reconocer al tercero de los 3 *enemigos* que se oponen a la recepción de la Palabra: el mundo. Lo que está puesto ante nosotros ya no es la *dureza de corazón*, ni la *debilidad de corazón* del oyente, sino su *corazón dividido*.

«Otros cayeron entre espinos; y los espinos crecieron, y las ahogaron» (Mat. 13:7).

Es notable que la frase «cayeron entre espinos» del versículo 7 utiliza una palabra diferente de la del versículo 22 «*sembrado* entre espinos». En el versículo 7, la palabra griega (epi) significa «sobre», y la expresión corresponde a: «otros cayeron sobre espinos», como en el versículo 5 «cayeron *en* pedregales». En el versículo 22, en cambio, el Señor utiliza otra preposición (griego: en), que puede traducirse como «en, en medio de»: «Pero el que fue sembrado entre espinos».

A partir de estas 2 expresiones, que en modo alguno se contradicen, podemos ver la verdadera figura que el Señor está retratando. En el campo en el que se siembra la

semilla, ya había algo presente que no se veía desde fuera: las raíces de los espinos que el arado encuentra. Literalmente, la semilla cae en la tierra, pero en realidad cae sobre *espinos*, e incluso se encuentra en medio de ellos en lo que se refiere a sus perspectivas de crecimiento. Los espinos desempeñan aquí un papel tan importante que solo se habla del crecimiento de ellos. ¿Ha crecido la semilla? Esto ni siquiera se menciona. Es cierto que Lucas menciona este crecimiento de la semilla, pero solo para mostrar lo bien que prosperaron los *espinos* (Lucas 8:7): los espinos levantaron con la semilla sembrada y la ahogaron.

El ojo espiritual del observador ya ve la semilla en *medio* de los espinos y *debajo* de ellos, aunque al principio solo cayeran *sobre* ellos. Comprender esto es una gran ayuda para interpretar la parábola.

7.1 - Los espinos

«*El que fue sembrado entre espinos es aquel que oye la palabra, pero la preocupación de esta vida y el engaño de la riqueza la ahogan, y no da fruto*» (Mat. 13:22).

En este tercer ejemplo de oyentes de la Palabra, el terreno del corazón ya está lleno de «espinos», lleno de malas raíces incluso antes de que se haya sembrado la buena semilla. El resultado final es que «no da fruto» (Mat. 13:22), «su fruto no madura» (Lucas 8:14).

El Señor muestra que es completamente imposible dar fruto para Dios cuando el corazón está lleno del mundo. Si un oyente de la Palabra no es verdaderamente recto en su corazón cuando escucha esa Palabra, los espinos siempre crecerán más rápido y más alto que el trigo (que se parece a las hierbas), o la cebada (que es de bajo tamaño) –y ahogarán la Palabra. Como muestra Lucas, hay **3 influencias** que, o bien cooperan en una poderosa sinergia, o bien producen su efecto por separado. Si las agrupamos con las nombradas en Mateo, son los *afanes de la vida*, el *engaño de las riquezas* y los *placeres de la vida*. Aunque se escuche la Palabra, y aunque estemos de acuerdo con ella en lo más íntimo de nuestro ser, la Palabra no puede suscitar ninguna fe en el corazón, ninguna vida, porque no nos volvemos positivamente hacia Dios, y porque no estamos dispuestos a romper con el mundo.

Parecería que por «la preocupación de esta vida» (o: de las circunstancias) deberíamos entender más bien la codicia, en lugar de afanes en el sentido de preocupación. Al combinar las «preocupaciones de esta vida» con el «engaño de la riqueza» y los «placeres de la vida», el Señor describe un estado del corazón caracterizado por la

conformidad con el mundo. Donde prevalece la conformidad con el mundo, la Palabra de Dios no puede afianzarse. Este principio se aplica tanto a los no creyentes como a los creyentes, aunque haya diferencias en las consecuencias.

De esto se deduce que, cuando el Señor habla de los ***afanes de la vida*** (o: circunstancias), no se refiere a las ocupaciones de la vida. El cristiano *debe* ocuparse de lo suyo (1 Tim. 5:8), *debe* poner ante sí «lo honroso delante de todos los hombres» (Rom. 12:17). Preocuparse por estas cosas no debe considerarse como «espinos», siempre que no ocupe el lugar del Señor (que no es una condición secundaria) ni lo suplante en el corazón. El secreto, la salvaguardia para que la preocupación por las cosas de la tierra sea correcta y conforme a la voluntad de Dios, es que tengamos ante los ojos glorificar al Señor y no a nosotros mismos. Si obramos de corazón como para el Señor (Col. 3:23) y si todo lo hacemos para la gloria de Dios y en el nombre del Señor (1 Cor. 10:31; Col. 3:17), entonces todo está en orden. De lo contrario, el propio Satanás es capaz de manipular y maniobrar la preocupación necesaria, para hacer un grave daño al alma. En los incrédulos, esto puede conducir a la perdición eterna, y en los creyentes a la falta de paz, a la angustia e incluso a la duda.

El ***engaño de la riqueza*** también presenta un peligro insidioso. Tanto si tiene riqueza como si no, ellas engañan. Esto es inherente a la riqueza misma. Prometen una satisfacción que no cumplirán ni pueden cumplir. Y engañan tanto a los que las tienen como a los que no.

En tercer lugar, vienen los ***placeres de esta vida*** (Lucas 8:14). Marcos se refiere a ellos de manera característica como «codiciar otras cosas» (Marcos 4:19). La palabra «codicia», en plural, se traduce a menudo por «deseos». Denota «disfrute», pero principalmente en un mal sentido. También hay que señalar que para la palabra «vida» en «placeres de esta vida», hay aquí una palabra distinta de la que califica la(s) «preocupación(es)»; estas se llaman las «preocupaciones de este (o aquel) siglo» (Mat. 13:22; Marcos 4:19); se trata de preocupaciones de la vida relacionadas con las *circunstancias* (en griego: *aion*; el curso de la vida), mientras que los placeres [de la vida] están relacionados con la *conducta*, con la *manera de vivir* (en griego: *bios*).

7.2 - Las advertencias

El ejemplo del joven rico nos muestra la influencia paralizante de las riquezas, especialmente del amor al mundo. Este joven había oído la palabra de Jesús, y ella había ejercido cierta influencia sobre él. Así que vino al Señor para aprender lo que tenía

que hacer para obtener la vida eterna. Tenía un carácter natural bondadoso, pero no estaba a la altura de la prueba a la que el Maestro [que enseña] lo sometía: vender todas sus posesiones y dárselas a los pobres, dejarlo todo y seguirle. El engaño de las riquezas ahogaba la Palabra. Ni el deseo de la vida eterna en el corazón del joven, ni la seguridad del Señor de un tesoro dado en el cielo, –nada fue lo suficientemente fuerte para vencer el amor de las riquezas presentes. Así que «se marchó triste, porque tenía grandes posesiones» (Mat. 19:16-22).

Cuando el rey celebró un banquete de bodas para su hijo, e invitó a mucha gente a la boda con la seguridad de que todo estaba preparado, los invitados no acudieron (Mat. 22; Lucas 14). Habían recibido la invitación, pero la rechazaron. ¿Qué les impedía venir? ¡Las cosas más normales del mundo! Desde luego, no está prohibido comprar un campo y verlo. No hay nada de malo en comprar bueyes y querer probarlos. Es perfectamente honroso casarse con una mujer: esa es en principio la voluntad de Dios para el hombre. Pero poner todas estas cosas en oposición a la Palabra del rey era convertirlas en «espinos». Debido a que estas cosas legítimas tomaban el *primer* lugar en sus corazones, se convertían en «espinos», y ahogaban la Palabra de gracia. Así que estas personas se quedaron fuera y cayeron bajo el juicio del rey. «Te ruego que me excuses» –¡cuántos hay que quieren decir eso hoy! Sus corazones están llenos de 1.000 cosas mundanas, y rechazan la oferta de la gracia de Dios, para su perdición eterna (véase Lucas 14:18-19).

Pero todo esto habla también seriamente a nosotros, hijos de Dios. ¿Nos sorprendemos alguna vez de que nuestro gozo en el Señor y en las bendiciones celestiales sean tan escasas, y qué la atención a la Palabra de Dios sea tan tediosa e infructuosa? Tal vez tenga algo que ver con los «espinos» que toleramos en nuestro corazón. Cuanto más espacio dejamos en nuestro corazón para lo que no es del Padre, sino del mundo (1 Juan 2:15-16), más infructuosa será nuestra vida para Dios. Estemos atentos para no excusar cada vez más los principios mundanos en nuestras vidas.

7.3 - Resumen

En los 3 «terrenos» que hemos tenido ante nosotros hasta ahora, hemos visto a los 3 enemigos que tratan de impedir la recepción de la Palabra por parte de los hombres. El *diablo* simplemente se lleva la buena semilla, porque la gente no la quiere. La *carne* puede ser atractiva, pero no está dispuesta a someterse a la autoridad de la Palabra. Y el *mundo* sofoca todo lo que es de Dios. Los 3 están aliados en su enemistad contra Cristo, contra el Espíritu Santo y contra el Padre.

Aunque cada caso es muy diferente, el resultado es siempre el mismo: no hay fruto. Ya sea por la estupidez y pesadez de algunos que simplemente rechazan la Palabra de Dios, que no *quieren* creer, ya sea por la pretendida inteligencia de otros, y sus pretensiones religiosas de recibir la Palabra con gozo, pero sin arrepentimiento ante Dios, o si son personas serias, más reflexivas, que hasta cierto punto piensan correctamente en la Palabra de Dios, pero están tan ocupadas con las cosas de esta vida, que la Palabra es sofocada en sus corazones, todas estas personas tienen esto en común, que no tienen la vida de Dios. Si uno es un oyente de corazón duro de la Palabra, o de corazón débil, o de corazón dividido, todos convergen en un punto: se dirigen a la perdición. Pensamos en lo que dijo el Señor Jesús en el primero de estos casos sobre la intención del diablo: les quita la Palabra del corazón «*para que no crean y se salven*» (Lucas 8:12). ¡Qué grave es esto!

¡Qué profundas enseñanzas encierra esta parábola! Tal vez no la esperábamos en toda su amplitud, pero habla aquel que revela los secretos, y conoce lo que se oculta en los corazones.

8 - Sembrado en buena tierra

Solo en el cuarto ejemplo encontramos un tipo de oyentes fundamentalmente distinto: los oyentes *honestos*. Solo en su caso hay *fruto*.

8.1 - La buena tierra

«*Pero otras cayeron en buena tierra, y dieron fruto; una a ciento, otra a sesenta y otra a treinta*» (Mat. 13:8).

Ya hemos notado que el Señor no muestra en esta parábola cómo es que hay «buena tierra». Tampoco dice en su explicación del versículo 23: «*Pero el que fue sembrado en buena tierra es el que oye y entiende la palabra, el que de veras da fruto, y produce uno a ciento, otro a sesenta y otro a treinta*» (Mat. 13:23).

La «buena tierra» se menciona como un *hecho*; se explica en qué consiste; pero cómo la tierra dura o espinosa se convierte en «buena tierra» no es el tema de la parábola. La Escritura nos muestra en otra parte que el «corazón del hombre es malo desde su juventud» y que «todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal» (Gén. 8:21; 6:5). «No hay justo, ni aun uno;

no hay quien entienda; no hay quien busque a Dios... no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno» (Rom. 3:10-12). Ningún hombre es capaz de dar fruto para Dios, y ninguno tiene *inteligencia*. Si no existiera la obra oculta del Espíritu Santo, nuestro caso sería desesperado.

Pero el Espíritu Santo *obra* en el hombre. Él aplica la Palabra de Dios al corazón y a la conciencia con la intención de conducirlos a la fe, al arrepentimiento y a la vida eterna. De este modo, los corazones están purificados por la fe (Hec. 15:9); de corazones llenos de engaño, pasan a ser corazones honestos y buenos (Lucas 8:15; véase también Jer. 4:3).

En nuestra parábola, sin embargo, el Señor no habla de la obra interior del Espíritu de Dios, sino solo cita los hechos exteriormente perceptibles: era buena tierra; se sembró en ella buena semilla, y salió fruto. La expresión «no tiene raíz» en un caso anterior (v. 21) es mucho más una afirmación de hecho que una indicación del terreno. Para entender las parábolas, es importante comprender la manera de hablar del Señor. En una parábola no se muestran todos los aspectos de la verdad a la vez. Su valor reside precisamente en que siguen *una* amplia línea en cuanto al fondo.

8.2 - Comprender la Palabra de Dios

Esta gran línea continua, en nuestra parábola, es el pensamiento de *dar fruto*. Cuando el sembrador echa la semilla en la tierra, lo hace para obtener fruto. El objetivo del trato de Dios con los hombres es el fruto. Tiene derecho a él.

En los 3 primeros casos, no hay fruto, a pesar de los esfuerzos del sembrador. En el cuarto caso, hay personas que no solo oyen la Palabra, sino que la *comprenden y dan fruto*. A este respecto, contrastan totalmente con los otros 3 grupos, que ciertamente también han oído la Palabra y, por tanto, son responsables de ella, pero que no han llevado nada a madurez. Precisamente a propósito de aquel sembrado en el camino, se dice que *no entiende* la Palabra, es decir, que *no quiere* entenderla, como recordamos. Aquí, sin embargo, hay algunos que han entendido la Palabra, y esto nos recuerda 1 Juan 5:20: «Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para que conozcamos al verdadero».

Cuán satisfactorio debe ser para Dios ver a las personas llevadas por su Hijo a entender su Palabra y a entrar en sus pensamientos. Los hijos de Dios conocen a Dios, el Verdadero. Tienen su naturaleza y, por lo tanto, están capacitados para dar fruto para él. En ellos se cumple ya en parte la profecía de Isaías (53:11): «¡Verá el fruto

de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho!» Sí, por este fruto, el Hijo de Dios emprendió la pesada obra de la redención, y se sometió a todas las molestias de la siembra. ¡Alabado sea su nombre!

8.3 - Las diferencias en la producción de fruto

Todo hijo de Dios ha recibido la Palabra y la guarda, y todo hijo de Dios da fruto con paciencia (Lucas 8:15). De lo contrario, no habría fruto. Pero hay diferencias, como muestra claramente nuestra parábola. El Señor indica **tres grados** de producción de frutos. Todos tenían la tierra adecuada (un buen oyente de la Palabra), todos habían recibido la misma buena semilla, y, sin embargo, ¿qué diferencias había en el fruto producido! ¿Cómo podemos explicar esto?

Cuando conocemos algo de la locura de nuestros propios corazones, no es difícil encontrar la respuesta. El Señor resucitado tuvo que reprender a los discípulos de Emaús: «Les dijo: ¡Oh hombres sin inteligencia, y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!» (Lucas 24:25). ¿Acaso sus palabras de reproche no se aplican también a nosotros? Aunque, en principio, damos fruto para Dios, puede haber, sin embargo, elementos de bloqueo en nuestro corazón. Sabemos por la Palabra de Dios que nuestro corazón sigue siendo malo hasta el final. En efecto, la fe lo purifica y lo hace capaz de pensamientos y sentimientos santos. Pero en sí mismo, nuestro corazón sigue siendo tan malo y engañoso como siempre.

¿No es de extrañar, pues, que los 3 enemigos cuyos caminos hemos considerado en los 3 primeros casos traten de suscitar en nuestros corazones resistencia a la Palabra?

Si no tenemos cuidado y no nos juzgamos a nosotros mismos, estos enemigos tendrán más o menos éxito a este respecto, y esto explica las diferencias en el fruto producido. Colosenses 1:6 nos muestra un principio importante: toda Palabra de Dios *da* fruto y *va* creciendo. Si no da fruto en mí, la culpa es mía. Me afecta mucho el hecho de que, en alguna zona concreta de mi corazón, el terreno esté tan duro que sea como un camino trillado. Si Dios me habla entonces en esa dirección, probablemente no estoy preparado para recibir su Palabra; y Satanás no tendrá ningún problema en quitármela del todo. ¿No necesitamos preguntarnos todos si hay versículos de la Palabra de Dios que están sembrados en nosotros como si estuvieran a lo largo del camino? ¿Y no hay otros versículos de los que al principio nos alegramos profundamente, pero que se convirtieron en un choque, o en un escándalo, cuando

nos pusieron a prueba? ¿O acaso hay pasajes de la Palabra de Dios que entretanto hemos sofocado por nuestro amor al mundo, porque nos creemos hoy más listos y más ilustrados que antaño? ¿O realmente creemos que no pueden crecer «espinos» en nuestros corazones y ahogar la Palabra? ¡Cuán necesario es permanecer cerca del Señor para reconocerlos y juzgarlos! El «Viñador» (Juan 15) no va a desinteresarse por el hecho de que demos tan poco fruto. Él sabe lo que tiene que hacer, pero eso es otro tema.

Incluso así –gracias a Dios– hay partes de la verdad que realmente dan fruto en nuestras vidas. Sin embargo, también puede ocurrir que no estemos igualmente abiertos a todas ellas. La enseñanza sobre la necesidad de la oración quizá no dé en nosotros que 30 veces el fruto, mientras que las verdades sobre el regreso del Señor se detienen en 60 veces. Que Dios nos conceda, en lo que a su voluntad se refiere, esforzarnos por alcanzar la plena medida del fruto dado.

Nos contentamos rápidamente, como ya se ha dicho, con dar poco fruto, pero Dios quiere que demos mucho. «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto» (Juan 15:5-8). ¡Qué alentador es el ejemplo de Isaac! «Y sembró Isaac en aquella tierra, y cosechó aquel año ciento por uno; y le bendijo Jehová» (Gén. 26:12).

Por último, podemos decir que la presencia de fruto es la prueba divina de si la profesión de cristianismo es auténtica. Si el «árbol» es bueno, se puede saber por los frutos que da (Mat. 3:10; 7:16-20). Si la «higuera» se corta o no, se decide por el fruto que da (Lucas 13:6-9). Al dar fruto, los «sarmientos» muestran una relación interna con la «vid».

De todo esto aprendemos que la parábola del «sembrador» no solo trata de cuestiones de dispensación, sino que también indaga profundamente en nuestras propias vidas. El corazón de Josías se había sensibilizado al escuchar la Palabra de Dios (2 Crón. 34:27). Si la ocupación con la Palabra de Dios también nos lleva en esta dirección, nuestras vidas también serán ricas en fruto.

El *fruto* es la respuesta al amor de Aquel que sí mismo se entregó por nosotros.